



PABLO Y EL MINOTAURO

Alberto Gómez Guerrero

Pablo y el minotauro.

El problema de esta época es que nadie quiere saber. Pablo es un chavalito que acaba de graduarse de la educación secundaria, está pensando cuál será su futuro, ya sabes, un momento complicado. Pablo se encuentra atrapado y perdido, con decisiones clave que tomar y sin saber por dónde ir, como el encerrado Minotauro de Creta. Navega por un futuro incierto, el cual debe elegir sin una salida clara por la que se vislumbre un final brillante y lleno de éxitos. Además, Pablo está en un año complicado, le azotan batallas frente a hormonas rebeldes como si las siete jóvenes atenienses ofrecidas como tributo se acercaran a él cada día.

Ni siquiera logra concentrarse más de dos minutos seguidos en los talleres que su padre Gilberto, un director ejecutivo de una empresa puntera en su sector le apuntó al acabar el curso, porque no tenía demasiado tiempo para estar con su hijo, pero con la excusa de que así tendría tiempo para resolver sus dudas. Pablo, se vestía por la mañana con su pantalón corto veraniego e iba con la mochila abrazada a su espalda como si fuera al taller matutino. Cuando su padre salía por la puerta, cada día entre semana con mayor prisa que el anterior, este corría escaleras arriba y se ponía el bañador para irse a la piscina, no sin antes conectarse al Discord con sus amigos, programar un bot que llamara a cada uno de los miembros de la comunidad y jugar hasta las once. Entonces era el

momento en el que se colgaba la mochila, esta vez la de la piscina y salía a la urbanización.

Su padre contactaba con una llamada para ver qué tal estaba su niño, puesto que era la hora del almuerzo y disfrutaban de un rato al aire libre sobre el caluroso sol de junio en Madrid. Al acabar la llamada, Pablo se dirigió a la piscina. Vio que no habían bajado ninguno de los conocidos de la urbanización y se dio cuenta que no podía comentar con ellos las victorias frente a los hackers y cheaters que se alojaban en el servidor que había encontrado hoy mismo jugando con sus amigos. Se sintió apenado y solo, se puso a buscar en sus redes sociales respuestas a comentarios, fotos de conocidos que se lo pasaban en grande con sus familias de vacaciones en La Gomera y amigos que iban al parque de atracciones mientras él andaba en el Internet de su móvil viendo videos sobre deportes, chicas y cómo se lo pasaban los demás. Pablo cerró el móvil. El sol seguía cayendo sobre el agua de la piscina, quieta. No había nadie con quien contarla.

Quizá así era ahora todo; pasar horas y horas investigando, volverse experto sobre todo, tener en un minuto toda la información de la receta que tardaba nuestra abuela una mañana entera en la cocina, hasta contar nuestras desesperanzas a una IA usándola como psicóloga, hablándole más tiempo que a nuestra madre. La duda es si esto es la evolución de una comunidad de seres humanos, o quizás es que estemos involucionando